Karla, el beso que abre mundos

J. Ferreira

Karla, el beso que abre mundos

JF

Para Alejandra, por provocar en mi este relato…

""“El mundo nace cuando dos se besan”"

Ahí estaba Karla, sentada en el sillón viejo de la sala como si el mundo entero le debiera una reverencia. La luz tenue de la tarde se colaba por la ventana y le pegaba justo en el cabello castaño, ese que caía en ondas suaves y rebeldes, con mechones que se le escapaban y le rozaban el cuello como si no pudieran resistirse a tocarla.

Llevaba esa blusa blanca de mangas largas, tan fina y con puntitos transparentes que dejaban adivinar la piel debajo, como si estuviera envuelta en un susurro de encaje. Se le pegaba al cuerpo de esa manera que no grita, pero tampoco se esconde: curvas suaves, cintura que invita a rodearla con las manos y no soltar nunca. Y esa minifalda negra... Dios, qué pecado. Corta, ajustada, con esa cadena dorada de flecos que colgaban alrededor de sus caderas, brillando cada vez que se movía, como si fueran gotas de oro líquido bailando al ritmo de su respiración.

Estaba de rodillas sobre el sillón, con las piernas flexionadas, los muslos apretados uno contra el otro, y las manos subidas al cabello, enredando los dedos entre los mechones mientras ladeaba la cabeza con esa sonrisita chiquita, medio tímida, medio "sé exactamente lo que estoy haciendo". Los ojos oscuros, grandes, con pestañas que parecían pintadas por algún pintor obsesionado con la ternura y el peligro al mismo tiempo. Y los labios... pintados de un rojo suave, entreabiertos, como si estuviera a punto de decir un secreto que solo tú ibas a entender.

En ese momento, con la luz morada del atardecer bañándola entera, Karla no parecía de este mundo. Era más bien un sueño que se te metió en la cabeza y se negó a salir. Una mezcla perfecta de inocencia y fuego, de niña buena que sabe muy bien cómo volverte loco sin siquiera intentarlo.

Karla se quedó mirando la pantalla del cel por un buen rato, con el corazón latiéndole como tambor de banda en fiesta patronal. El mensaje era sencillo, directo, sin rodeos de esos que tanto odia:

"¿Qué tal si mañana nos vemos para un cafecito y desayuno? Hay un lugarcito en la Condesa que te va a gustar. 11 am? 😏"

No ponía nombre, pero ella ya sabía quién era. Ese wey con el que había cruzado mensajes las últimas dos semanas. Charlas ligeras al principio, memes, luego se pusieron más coquetos, más profundos, y cada vez que le llegaba una notificación de él, sentía un cosquilleo en la panza que no podía ignorar. La inquietaba. La atraía. La ponía nerviosa de esa forma rica, como cuando sabes que algo puede salir bien… o puede explotar todo en la cara.

Pero Karla no era de las que salen mucho con hombres. Sus citas anteriores habían sido un desastre tras otro: el primero la dejó plantada en un cine porque "se le hizo tarde", el segundo resultó ser un mamón que solo hablaba de su carro y su gym, y los exnovios… uf, puros patanes. Uno la engañó con la prima, otro desapareció después de tres meses diciendo que "necesitaba espacio". Y el sexo, pues… poca experiencia, momentos torpes, nada que le haya hecho gritar "¡esto es vida!". Siempre había soñado con algo más: un romance bien tórrido, alocado, de esos que te dejan las piernas temblando y la sonrisa pegada por días. De esos que lees en novelas chidas y piensas "¿y por qué a mí no?".

Pues mira, carnal, tal vez esta vez sí.

Se mordió el labio inferior, ese rojo suave que todavía traía del día anterior, y escribió sin pensarlo mucho:

"Va, 11 en punto. No me dejes plantada eh 😉"

Envió y se tiró de espaldas en la cama, tapándose la cara con la almohada. "¿Qué chingados acabo de hacer?", pensó, pero la sonrisa no se le quitaba.

Al día siguiente, Karla se despertó con el sol de enero colándose por las persianas como si le estuviera diciendo "levántate, morra, hoy es tu día". El corazón le latía fuerte, pero esta vez no de puro nervio; había algo más, una chispa de ganas que le quemaba por dentro. Se paró frente al espejo del clóset y decidió que hoy no iba a ser la de siempre. Hoy se iba a poner lo que la hiciera sentir poderosa, deseada, lista para lo que viniera.

Se quitó la pijama despacito, como si estuviera ensayando para alguien que aún no llegaba. Eligió primero la lencería roja: ese conjunto de encaje que compró hace meses y nunca se había atrevido a usar en una cita. El brasier le levantaba los pechos justo como debía, con tirantes finitos que se cruzaban en la espalda, y la tanga... ay, la tanga era puro pecado, roja fuego, con un listoncito que se anudaba a los lados. Se miró de lado en el espejo y sonrió chueca: "Si esto no lo hace perder la cabeza, entonces ni modo".

Encima se puso la blusa blanca, esa de mangas largas con puntitos azules chiquitos, casi transparentes en la luz correcta. Se le pegaba al torso como segunda piel, dejando ver apenas el contorno del encaje rojo debajo, un secreto que solo el que se acercara mucho podría descubrir. Los puntitos azules bailaban sobre su piel morena como estrellitas en un cielo diurno, y cada vez que respiraba hondo, la tela se

tensaba un poquito más, recordándole que estaba viva, que tenía cuerpo, que tenía ganas.

Luego el pantalón de mezclilla azul: ajustado, de esos que te abrazan las caderas y te marcan las piernas como si fueran pintadas. Se lo subió despacio, sintiendo cómo la tela se amoldaba a sus muslos, a su trasero redondo, y cómo la cintura alta le ceñía justo donde debía. Se dio una vueltita completa frente al espejo y la cadena imaginaria de la otra falda ya no hacía falta; este look gritaba confianza sin necesidad de brillos. Era casual, pero con fuego escondido. Era Karla diciendo "ven, pero si te atreves".

Se recogió el cabello en una coleta alta pero dejó algunos mechones sueltos que le caían por la cara, enmarcando esos ojos grandes y oscuros que ya traían un brillo travieso. Se pintó los labios de un rojo mate que hacía juego con la lencería, se echó un chorrito de perfume en el cuello y entre los pechos, y se miró una última vez.

Ahí estaba: no la niña tímida de citas fallidas, sino una mujer que por fin se permitía soñar con un romance que quema, que moja, que deja huella. Se mordió el labio y murmuró para sí misma: "Que pase lo que tenga que pasar, pero hoy... hoy me como el mundo".

Y con esa sonrisa que mezcla nervios y deseo puro, agarró su bolso, las llaves, y salió rumbo al cafecito de la Condesa. El pantalón de mezclilla se movía con cada paso, la blusa dejaba adivinar el rojo debajo cada que el viento la pegaba al cuerpo, y en su cabeza solo daba vueltas una idea: "Si él me mira como yo lo estoy imaginando... carnal, esto se va a poner bueno".

Aquí te dejo unas ideas de cómo se veía esa mañana, ya lista para salir, con ese outfit que le quedaba de pelos:

Y otra donde se está checando en el espejo, con esa sonrisita de "sé lo que traigo puesto y me encanta":

Karla bajó del metrobús en la parada de Insurgentes, con el sol de enero pegándole directo en la cara, pero sin quemar, nomás calentándole la piel como un beso tímido. El aire traía ese olor a café recién molido y pan dulce que flota por toda la Condesa, y ella caminó esas cuadras con pasos seguros, aunque por dentro el corazón le brincaba como si estuviera en la fila del juego más chingón del parque de diversiones.

El pantalón de mezclilla azul se le pegaba a las piernas con cada paso, marcando el movimiento de sus caderas de esa forma natural, sin esfuerzo, como si la calle misma se hubiera hecho para que ella la recorriera. La blusa blanca con puntitos azules ondeaba suave con la brisa, y cada vez que el viento la aplastaba contra su cuerpo, se alcanzaba a adivinar el encaje rojo de la lencería debajo, un secreto ardiente que solo ella sabía… por ahora.

Llegó al cafecito exacto a las 10:58, un lugarcito chiquito con mesitas de madera en la banqueta, plantas colgantes y luces cálidas que todavía no se encendían porque el día estaba claro. Se paró un segundo en la entrada, respiró hondo, se acomodó un mechón que se le había escapado de la coleta alta y entró.

El aroma la envolvió de inmediato: café fuerte, vainilla, un toque de canela. Pidió su americano en la barra, voz bajita pero firme, y se fue a sentar en la mesita junto a la ventana que da a la calle. Cruzó las piernas, el mezclilla crujió suave, y la cadena imaginaria de su confianza tintineó en su cabeza. Apoyó los codos en la mesa, el celular boca abajo, y miró hacia la puerta.

El tiempo se puso lento, de esos minutos que pesan como horas pero al mismo tiempo vuelan. Cada que sonaba la campanita de la entrada, el corazón le daba un vuelco. “¿Será él?”, pensaba, y luego se reía sola, nerviosa, porque se sentía ridícula y excitada al mismo tiempo.

Y entonces pasó.

La puerta se abrió, entró una ráfaga de aire fresco, y ahí estaba él. Alto, con esa chamarra de mezclilla oscura que le quedaba de pelos, el cabello un poco revuelto por el viento, y esa sonrisa chueca que ya conocía de las fotos, pero en persona… en persona era otra cosa. Los ojos le buscaron en la sala y cuando la encontraron, se le iluminaron de una forma que Karla sintió directo en la panza, como si le hubieran prendido una fogata chiquita ahí adentro.

Él levantó la mano en un saludo corto, casual, pero con esa mirada que dice "te vi desde que entraste y no te quito los ojos de encima". Caminó hacia ella sin prisa, pero sin dudar, y Karla se enderezó en la silla, sintiendo cómo la blusa se le pegaba un poquito más al pecho, cómo el encaje rojo rozaba su piel con cada respiración acelerada.

Cuando llegó a la mesa, se detuvo un segundo, la miró de arriba abajo sin disimulo, y soltó un "órale…" bajito, casi un susurro, como si le hubiera pegado el aire.

—Llegaste temprano —dijo él, con voz grave y cálida, sentándose enfrente.

Karla sonrió chiquito, mordiéndose el labio inferior, y contestó con esa voz que sale cuando estás nerviosa pero te vale madres:

—Quería verte llegar. Y… pues aquí estás.

Se miraron un rato largo, sin decir nada más. El ruido del café, las pláticas de la gente, todo se hizo fondo. Solo quedaban ellos dos, la mesa de madera entre medio, y esa electricidad que ya se sentía en el aire, espesa, caliente, prometiendo que esto apenas empezaba.

Y Karla pensó, mientras tomaba un sorbito de su americano sin quitarle los ojos de encima: "Que pase lo que tenga que pasar, carnal… pero que pase ya".

La plática en el cafecito fluyó como miel caliente sobre churro recién hecho: risas por memes viejos, confesiones

chiquitas sobre exes patanes y sueños de romances que queman la piel. Él, con esa voz grave que le erizaba la nuca a Karla, le rozaba la mano cada vez que le pasaba el azúcar o el plato de chilaquiles, y ella sentía el encaje rojo de su lencería apretándose contra la piel, mojándose poquito a poquito con cada mirada que se clavaban como promesas sucias. "Órale, bebe, ¿y si nos largamos de aquí? Vivo cerca, nomás unas cuadras, y tengo un café mejor... y privacidad pa' platicar de verdad", le soltó él con esa sonrisa chueca, los ojos brillando como luces de antro a media noche. Karla tragó saliva, el corazónle latía en la concha, recordando citas fallidas pero sintiendo que esta vez el fuego era real. "Va, güey... pero no me sueltes", murmuró ella, y de un trago se acabaron los cafés.

Caminaron por las calles de la Condesa, el sol de enero calentando el pantalón de mezclilla que le marcaba el culo redondo a Karla, y su mano en la de él, entrelazada fuerte, como si ya supieran que no había vuelta atrás. Llegaron a su depa: un lugar chiquito pero chingón, con ventanales que dejaban entrar la luz morada del atardecer, sillón de piel negra, plantas salvajes y un stereo que ya sonaba bajo con cumbia rebajada, esa que te mueve las caderas sin preguntar. "Pásale, reina, aquí nadie nos jode", le dijo él cerrando la puerta, y de volada la jaló por la cintura, pegándola a su pecho duro, oliendo a colonia, a hombre que sabe lo que quiere.

Los besos empezaron suaves, como lluvia fina en el DF, labios rozándose con timidez, pero Karla sintió su lengua colándose traviesa, saboreando el rojo mate de su boca, y ella respondió con hambre, mordiéndole el labio inferior mientras las manos de él le subían por la espalda, desabotonando la blusa blanca con puntitos azules uno por uno. "Quítatela despacito, morra... déjame verte", le susurró al oído, voz ronca como tequila puro, y Karla, con las mejillas ardiendo y la tanga roja ya empapada, se dejó caer la blusa al

piso. Los pechos saltaron libres del brasier de encaje, tetas firmes con pezones duros como piedras de obsidiana, morenos y listos pa' ser chupados. Él se recargó en la pared, ojos clavados en ella como si fuera la Virgen de Guadalupe pero en versión pecadora, y soltó: "Baila pa' mí, Karla... muévete como si la calle fuera tuya, como si me quisieras comer vivo".

Y ella bailó. Pantalón de mezclilla bajando lento por los muslos gruesos, revelando la tanga roja fuego que se le metía entre las nalgas, el encaje transparente dejando ver el coñito hinchado, mojado, brillando bajo la luz. Se giró de espaldas, meneando el culo redondo al ritmo de la cumbia, las cadenas invisibles de deseo tintineando en el aire, mientras se quitaba la tanga con un movimiento chulo, dejándola caer como serpiente mudada. Desnuda entera, piel morena sudando suave, cabello suelto cayendo en ondas salvajes sobre los hombros, se tocaba los pechos, pellizcándose los pezones, y luego bajaba la mano al monte de Venus, abriendo las piernas un poquito pa' que él viera cómo goteaba, cómo palpitaba esa conchita virgen de placeres de verdad.

Él no se movía, verga parada marcándose en el pantalón, respirando pesado, mamón pero romántico en su hambre: "Eres un pinche sueño, Karla... ven, acércate, pero sigue bailando hasta que te diga". Ella obedecía, caderas girando como en fiesta de pueblo, rozándose contra él, sintiendo su dureza contra el vientre, y el cuarto se llenó de ese olor a sexo inminente, a sudor dulce y promesas de noche loca. Karla, por primera vez, no pensaba en exes patanes; solo en cómo quería que la rompiera, que la llenara, que la hiciera suya en ese sillón negro donde todo empezaría a arder de verdad.

Karla se acercó despacio, con los ojos fijos en él como si el mundo entero se hubiera reducido a ese metro cuadrado entre los dos. La música seguía sonando bajito, una cumbia lenta que le marcaba el ritmo al corazón. Se hincó frente a él,

las rodillas sobre la alfombra suave, y con dedos temblorosos pero decididos le desabrochó el cinturón, bajó el cierre del pantalón y lo deslizó hacia abajo junto con el bóxer negro. Ahí estaba: gruesa, venuda, parada como si llevara toda la vida esperándola. La piel morena, el glande brillante de lo hinchado que estaba, las venas marcadas como ríos que bajaban desde la base hasta la punta. Karla sintió que la boca se le hacía agua de verdad, un nudo caliente en la garganta y al mismo tiempo un chorrito tibio que le resbalaba entre los muslos, empapando la alfombra debajo de ella.

Se lamió los labios rojos, miró hacia arriba y encontró los ojos de él clavados en los suyos, oscuros, hambrientos, pero con una ternura que la desarmaba. "Ven, mi reina… tócame", le susurró él con esa voz ronca que le erizaba la piel. Karla obedeció. Primero con las manos: envolvió esa verga caliente con los dedos, sintiendo cómo latía contra su palma, cómo se ponía más dura con cada caricia lenta. Luego acercó la boca, abrió los labios y la tomó despacito, dejando que la punta le rozara la lengua. El sabor salado, el calor, el olor a hombre la volvieron loca. Empezó a chupar suave, la lengua girando alrededor del glande, bajando por el tronco, lamiendo las venas como si quisiera memorizar cada centímetro. Él soltó un gemido grave, le enredó los dedos en el cabello suelto y la guio un poquito más profundo, sin prisa, dejándola que lo disfrutara a su ritmo.

Karla mamaba con ganas, con devoción, como si esa verga fuera el único alimento que había estado esperando toda su vida. La saliva le corría por la barbilla, los ojos se le aguaban un poco del esfuerzo, pero no paraba. Subía y bajaba, succionando fuerte en la punta, luego tragándosela hasta donde podía, sintiendo cómo le llenaba la boca entera. Él respiraba pesado, los músculos del abdomen marcados, y murmuraba cosas bonitas entre gemidos: "Así, mi amor… qué boca tan rica tienes… me vas a volver loco".

Cuando ya no pudo más, cuando sintió que si seguía iba a acabar ahí mismo, él la tomó de los brazos con suavidad pero firmeza, la levantó como si no pesara nada y la sentó sobre sus piernas. Karla quedó a horcajadas, las rodillas hundiéndose en el sillón a los lados de él, la vulva abierta, mojada, palpitando contra esa verga que ahora rozaba justo en la entrada. Él la agarró de las caderas con las dos manos, los pulgares acariciando los huesos, y la bajó despacito, centímetro a centímetro. La sintió abrirse, estirarse alrededor de él, caliente, apretada, húmeda como nunca. Karla soltó un gemido largo, la cabeza echada hacia atrás, los pechos temblando con cada respiración. "Ay, Dios… estás tan adentro…", jadeó ella.

Él la sostuvo ahí un segundo, dejándola sentirlo todo, llenándola hasta el fondo, y luego empezó a moverla. Primero lento, subiéndola y bajándola con las manos en sus caderas, marcando el ritmo. Pero pronto ella tomó el control: empezó a saltar, a montar con ganas, las nalgas chocando contra sus muslos, el sonido húmedo y obsceno llenando el cuarto. La verga entraba y salía, profunda, rozándole ese punto que la hacía arquear la espalda y gemir más fuerte. Él le pellizcaba los pezones, le mordía el cuello, le susurraba al oído: "Móntame más duro, mi vida… rómpete en mí… quiero verte venirte así".

Karla sentía que el placer le subía como ola, le quemaba el vientre, le apretaba la garganta. Saltaba más rápido, más fuerte, las piernas temblando, el sudor corriéndole por la espalda. "No puedo… no puedo más… me vengo…", gimió desesperada, y entonces explotó: un orgasmo que le sacudió el cuerpo entero, la concha apretándose alrededor de él como si quisiera tragárselo, chorros calientes salpicando entre los dos. Él la abrazó fuerte mientras ella temblaba, todavía moviéndose despacito encima, prolongando las réplicas, hasta que los dos se quedaron quietos, jadeando, pegados, con el corazón latiendo al mismo ritmo.

Él la miró con esos ojos que ya no pedían permiso, solo tomaban lo que los dos habían estado soñando desde el primer mensaje. Con las manos grandes y cálidas la levantó de su regazo como si fuera pluma, la giró con ternura pero con hambre, y la recostó despacito sobre el sillón de piel negra. La espalda de Karla se hundió en el cuero fresco, contrastando con el calor que le ardía por dentro. Él se arrodilló entre sus piernas abiertas, las rodillas de ella temblando un poquito, y le separó los muslos con las palmas, abriéndola entera, sin prisa, como quien destapa un regalo que ha esperado toda la vida.

Ahí estaba ella, expuesta, vulnerable y poderosa al mismo tiempo: la vulva hinchada, rosada y brillante de jugos, los labios mayores abiertos como pétalos mojados, el clítoris latiendo visible, pidiendo más. La piel morena de sus muslos internos brillaba con sudor y deseo, y un hilito transparente le resbalaba desde la entrada hasta el ano, dejando un rastro caliente sobre la piel. Él se inclinó, le besó primero el interior de un muslo, luego el otro, mordisqueando suave la carne tierna, subiendo hasta rozar con la lengua esa gota que caía. Karla arqueó la espalda y soltó un gemido largo, las manos aferradas al respaldo del sillón.

"Ábrete más para mí, mi amor… déjame entrar hasta el fondo", le susurró él contra la piel, voz ronca, casi rota de ganas. Y ella obedeció: levantó las piernas, las flexionó hacia el pecho, los tobillos cruzados detrás de la nuca de él, abriéndose como flor en plena noche. La concha se desplegó completa ante sus ojos: rosada, húmeda, palpitante, lista para ser llenada.

Él se posicionó encima, el peso de su cuerpo apoyado en los antebrazos a los lados de la cabeza de Karla, la verga gruesa y venuda rozando la entrada, la punta besando los labios hinchados. La miró a los ojos, profundo, y empujó lento al principio: la cabeza abriéndose paso, estirándola

centímetro a centímetro, sintiendo cómo las paredes calientes y apretadas lo envolvían como terciopelo mojado. Karla jadeó fuerte, los ojos entrecerrados, la boca abierta en un "ayyy" silencioso que se convirtió en gemido cuando él llegó hasta la mitad y siguió, sin parar, hasta que las bolas se pegaron contra su culo y la punta tocó fondo, golpeando ese punto profundo que la hizo arquearse entera.

"Te siento toda… estás tan adentro… me llenas tanto…", gimió ella, las uñas clavándose en los hombros de él. Él se quedó quieto un segundo, disfrutando la sensación de estar enterrado hasta la raíz en esa concha caliente y apretada, palpitando alrededor de su verga como si quisiera ordeñarlo. Luego empezó a moverse: primero lento, saliendo casi entero para volver a entrar de un empujón profundo, sintiendo cómo la entrada se abría y cerraba alrededor de él con cada embestida.

Pero pronto el ritmo cambió. Se puso más duro, más rápido. Las caderas chocando contra las de ella, el sonido húmedo y obsceno de piel contra piel llenando el cuarto, mezclado con los gemidos de Karla que subían de tono. Él la follaba con fuerza, profundo, cada embestida llegando hasta el fondo, golpeando el cérvix con la punta gruesa, haciendo que los pechos de ella rebotaran con cada movimiento. Las manos de él le apretaban los muslos, manteniéndola abierta, mientras bajaba la boca a chuparle un pezón, mordiéndolo suave, luego el otro, dejando marcas rojas de dientes y lengua.

Karla sentía que se deshacía: la verga gruesa rozándole las paredes internas, hinchándose más dentro de ella, el clítoris aplastado contra el pubis de él en cada choque. "Más duro… por favor… rómpeme…", suplicó entre jadeos, las piernas temblando alrededor de su cuello. Él obedeció: aceleró, embistiendo como animal, la verga entrando y saliendo a toda velocidad, el glande golpeando ese punto que la hacía ver estrellas. El sillón crujía debajo de ellos, la piel negra se

pegaba a la espalda sudorosa de Karla, y ella empezó a gritar bajito, el orgasmo subiéndole como fuego desde el vientre.

"Me vengo… ay Dios, me vengo otra vez…", gimió desesperada. Él sintió cómo la concha se contraía fuerte alrededor de su verga, apretándolo como puño caliente, ordeñándolo. No aguantó más: con un gruñido profundo, se enterró hasta el fondo una última vez, y se vino dentro de ella. Chorros calientes y espesos llenándola entera, pintándole las paredes, saliendo un poquito por los lados mientras seguía empujando suave, prolongando el placer de los dos. Karla temblaba debajo, el cuerpo sacudido por réplicas, la concha palpitando alrededor de él, chorreando una mezcla de sus jugos y el semen que empezaba a escaparse.

Se quedaron así un rato largo: él encima, todavía dentro, respirando agitado contra el cuello de ella; Karla con las piernas flojas, abiertas, sintiendo cómo el calor de su semen se derramaba lento dentro, caliente y espeso, marcándola por dentro. Él le besó la frente, los párpados, la boca entreabierta, y murmuró contra sus labios:

"Eres mía ahora, mi reina… y esto apenas empieza".

Karla lo tenía encima, su peso delicioso aplastándola contra el sillón, pero sin ahogarla: era el peso perfecto, el de un hombre que sabe que es deseado y lo disfruta. Desde abajo, lo veía todo: el pecho ancho y marcado, esos pectorales firmes que subían y bajaban con cada embestida profunda, cubiertos de un sudor fino que brillaba como si lo hubieran rociado con miel. Los brazos, Dios mío, los brazos… fuertes, venosos, con músculos que se tensaban cada vez que se apoyaba para clavarse más adentro. Le volvían loca esas venas que corrían desde los hombros hasta las muñecas, como ríos que prometían fuerza y ternura al mismo tiempo. Quería morderlos, lamerlos, aferrarse a ellos hasta que le dejaran moretones de tanto apretar.

Sus manos bajaron solas, traviesas, hasta las nalgas de él. Redondas, duras, perfectas. Las agarró con las dos palmas abiertas, los dedos clavándose en la carne caliente, y lo jaló hacia ella con fuerza, pegándolo más, sin dejar ni un centímetro de espacio. “No te salgas… quédate adentro, mi amor… llename toda”, le susurró entre gemidos, la voz ronca de tanto placer. Él obedeció, embistiendo más duro, más profundo, las caderas chocando contra las de ella en un ritmo que ya no era controlado, era puro instinto.

Y entonces lo sintió: los huevos pesados golpeando contra sus nalgas con cada empujón final, un sonido húmedo y obsceno que la ponía más caliente. La verga gruesa se hinchó todavía más dentro de ella, palpitar fuerte, latiendo como corazón desbocado contra las paredes de su concha. Karla arqueó la espalda, los ojos clavados en la cara de él: la mandíbula tensa, los ojos entrecerrados, la boca entreabierta soltando un gruñido grave que se convirtió en gemido largo y profundo cuando se vino.

“¡Ayyy, Karla… me vengo… me vengo dentro de ti!”, rugió él, la voz quebrada, casi animal. Y ella lo sintió todo: el primer chorro caliente saliendo a presión, espeso y abundante, pintándole el fondo de la concha, llenándola como si quisiera marcarla por dentro para siempre. Luego el segundo, el tercero, cada uno más fuerte, más caliente, el semen derramándose en oleadas que la inundaban, rebalsando un poquito por los lados, chorreando tibio entre sus nalgas y manchando el sillón. La verga seguía palpitando dentro, contrayéndose y soltando más, mientras él empujaba suave, prolongando el orgasmo, como si no quisiera que terminara nunca.

Karla temblaba debajo, sintiendo cómo ese calor líquido la llenaba entera, cómo se mezclaba con sus propios jugos, cómo la hacía sentir completa, poseída, amada de la forma más sucia y romántica posible. Sus uñas se clavaron más en las nalgas de él, apretándolo contra ella, impidiéndole salir

ni un milímetro, queriendo que se quedara ahí para siempre, latiendo, gimiendo, derramándose en ella.

Cuando los temblores de él empezaron a calmarse, se dejó caer sobre su pecho, respirando agitado contra su cuello, y Karla le acarició la espalda sudorosa, los brazos que tanto la volvían loca, y sonrió chiquito contra su piel, pensando: "Esto es lo que siempre quise… un hombre que me llene así, que me haga suya con todo y sus gemidos".

Y en ese silencio caliente, con él todavía dentro, palpitando suave, supo que ese dia no iba a terminar pronto.

Él se separó despacio, todavía respirando pesado, la verga semidura brillando con la mezcla de sus jugos y el semen que acababa de derramar dentro de ella. Se miró un segundo, como admirando su propia obra, y luego la miró a ella con esa sonrisa chueca que le derretía las piernas.

"Ven, mi reina… límpiame con esa boquita tan rica que tienes", le dijo bajito, voz ronca y mandona pero llena de cariño sucio.

Karla, todavía temblando de su propio orgasmo, se incorporó un poquito sobre el sillón. El semen ya empezaba a escurrir lento por sus muslos, tibio y espeso, dejando un rastro blanco entre sus piernas abiertas. Intentó cerrarlas instintivamente, llevarse una mano para limpiarse, pero él la detuvo con suavidad firme, agarrándole la muñeca.

"No, no… déjalo ahí. Quiero verte así, con mi leche escurriéndote, marcada por mí. Quédate así, preciosa".

Ella obedeció. Siempre obedecía cuando él hablaba así, con esa mezcla de orden y devoción que la ponía a mil. Se inclinó hacia adelante, el cabello cayéndole en ondas sobre los pechos desnudos, y tomó la verga con una mano temblorosa. Todavía caliente, todavía palpitante. La acercó a sus labios y empezó a lamer despacito: primero la punta,

recogiendo los restos de semen y sus propios jugos con la lengua plana, saboreando esa mezcla salada y dulce que era de los dos. Luego bajó por el tronco, chupando suave las venas que todavía se marcaban, limpiándolo con devoción, como si fuera un ritual. Él soltó un gemido bajo, le acarició el cabello y murmuró: "Así, mi amor… qué buena eres…".

Cuando terminó, él se levantó, la verga limpia y ya medio dura otra vez, y fue a la cocina. Regresó con una botella de vino tinto, de esas que guardaba para noches especiales, y dos copas altas. La abrió con ese pop seco que suena a promesa, sirvió dos tragos generosos y le pasó una a ella.

Karla seguía desnuda en el sillón, las piernas entreabiertas, el semen todavía goteando lento desde su concha hinchada hasta el cuero negro. Tomó la copa con dedos temblorosos, el vino rojo oscuro contrastando con su piel morena. Bebieron en silencio al principio, mirándose, mientras en el fondo sonaba rock ligero: algo de The Killers mezclado con un poco de Zoé, esa onda suave pero con alma que te envuelve sin apurarte.

Por alguna razón, Karla sentía una ansiedad deliciosa, como mariposas nerviosas en la panza. Quería tocarlo otra vez. Quería volver a sentir esa verga gruesa en la mano, en la boca, dentro de ella. La ansiedad le subía por el pecho, le apretaba los pezones, le hacía mojar más todavía. Cada vez que él se movía, que cruzaba las piernas o se acomodaba en el sillón, ella tenía que apretar los muslos para no saltarle encima.

Él lo notó. Sonrió chueco, tomó otro sorbo de vino y le dijo, mirándola fijo:

"Nunca me había corrido tan rápido, Karla… me vuelves loco. Desde que te vi en el café con ese pantalón pegado, supe que iba a perder la cabeza contigo. Me excitas tanto que apenas pude aguantar. Eres un pinche incendio, mi reina".

Esas palabras la derritieron. Karla sintió que se le subía el calor a la cara, a los pechos, a la concha. Él dejó la copa en la

mesita, se acercó y metió dos dedos despacio entre sus piernas. La encontró totalmente húmeda, resbalosa con su semen y sus jugos. Los metió profundo, jugando con la mezcla, revolviéndola adentro como si quisiera pintarla más. El pulgar le rozó el clítoris hinchado, suave al principio, luego en círculos firmes.

Karla soltó la copa, se recargó hacia atrás y abrió más las piernas. "Ay… sí… no pares…", jadeó. Él aceleró, los dedos entrando y saliendo con un sonido húmedo, el semen salpicando un poquito con cada movimiento. Le pellizcaba el clítoris, lo frotaba, lo apretaba suave. Ella se agarró los pechos, pellizcándose los pezones, la cabeza echada hacia atrás, gimiendo cada vez más alto.

"Vente para mí otra vez, mi amor… quiero sentir cómo te aprietas alrededor de mis dedos… cómo chorreas más…", le susurró él al oído, mordiéndole el lóbulo.

Y ella se vino. Fuerte. El cuerpo se le tensó entero, las piernas temblando, la concha contrayéndose alrededor de sus dedos como si quisiera retenerlos para siempre. Un chorrito caliente salió, mezclándose con el semen que ya traía adentro, salpicando el sillón y la mano de él. Gritó su nombre bajito, entrecortado, y se quedó temblando, jadeando, con los ojos cerrados y una sonrisa boba en la cara.

Él sacó los dedos despacio, los llevó a su boca y los lamió, saboreando todo, mirándola con ojos de lobo enamorado.

"Eres perfecta, Karla… ven acercate mas, abre tu boca".

Él la miró con esa hambre que no se apaga ni con vino ni con orgasmos, la copa todavía en la mano, pero ya olvidada en la mesita. "Ven aquí, mi reina… no hemos terminado", le dijo con voz baja, ronca, como si le estuviera pidiendo un secreto al oído. Karla sintió que el cuerpo le volvía a encenderse, aunque todavía temblaba de lo anterior.

Se acercó gateando por el sillón, desnuda, el semen todavía tibio escurriendo lento por sus muslos. Él se recargó

hacia atrás, abrió las piernas y la jaló por el cabello con suavidad pero firme. “Mámamela hasta que se ponga dura otra vez… quiero sentir esa boquita trabajando pa’ mí”. Ella obedeció, porque con él todo era obedecer y al mismo tiempo mandar con el cuerpo. Abrió la boca, la tomó entera, chupando con devoción, la lengua girando alrededor del glande, bajando hasta la base, tragándosela lo más profundo que podía. Él gemía bajito, le acariciaba la nuca, y poco a poco la verga se hinchó de nuevo, gruesa, venuda, lista para más.

Cuando ya estaba como piedra, él la levantó de un jalón suave, la volteó y la puso en cuatro sobre el sillón. Las rodillas hundiéndose en el cuero, las manos aferradas al respaldo, el culo en pompa, expuesto. Él se arrodilló atrás, le separó las nalgas con las manos grandes y empezó a penetrarla por la concha otra vez, como animal: embestidas profundas, rápidas, el sonido de piel contra piel llenando el cuarto. Karla gemía fuerte, empujando hacia atrás para que entrara más, sintiendo cómo la llenaba entera.

Pero entonces él mojó los dedos con saliva y sus jugos, y empezó a acariciar su ano. Primero en círculos suaves, rozando el borde arrugado, luego metiendo la punta de un dedo, despacito. Karla se tensó un segundo, pero el placer la traicionó: esa sensación prohibida, esa invasión chiquita que le erizaba la piel y le hacía mojar más. “¿Te gusta, mi amor?”, le preguntó él entre embestidas. Ella solo asintió, jadeando, empujando el culo hacia atrás para que siguiera.

Y cuando menos lo esperaba, él sacó la verga de su concha, la apoyó en el ano y empujó. La punta entró despacio, abriéndola, estirándola de una forma que dolía intenso, ardiente, como fuego que quema pero al mismo tiempo prende. Karla soltó un grito ahogado, las uñas clavadas en el respaldo, el cuerpo temblando. El dolor era fuerte, pero el placer lo igualaba: esa plenitud prohibida, esa sensación de ser tomada por completo. Él se detuvo un

segundo, la verga a medio camino, y le preguntó bajito, con voz preocupada pero excitada:

"¿Estás bien, mi reina? Dime si quieres que pare…"

Ella, con la cara enterrada en el brazo, solo pudo gemir: "No pares… me gusta… duele rico… sigue…".

Y él siguió. Empujó hasta el fondo, lento al principio, luego más rápido, follándole el culo con fuerza, las manos agarrándole las caderas, jalándola contra él. Karla gritaba de placer y dolor mezclado, el cuerpo sudado, las tetas rebotando con cada embestida. Él aceleró, gruñendo como bestia, hasta que se vino otra vez: un rugido profundo, la verga palpitando dentro de su intestino, chorros calientes y espesos llenándola por completo, derramándose hasta que ya no cabía más y empezó a escurrir por sus nalgas.

Se quedaron quietos un momento, jadeando. Luego él salió despacio, la volteó con cuidado y se besaron lento, profundo, lenguas enredadas, saboreando el sudor y el sexo en la boca del otro. Se tumbaron en el sillón, abrazados, piel contra piel, y se durmieron así, exhaustos, satisfechos.

Karla despertó al atardecer. La luz naranja entraba por la ventana, bañando el cuarto en un calor suave. Él seguía dormido a su lado, el pecho subiendo y bajando tranquilo, la cara relajada como niño grande. Ella se levantó despacio, el culo todavía adolorido, un ardor rico que le recordaba cada embestida. Se vistió con lo que había traído: la blusa blanca con puntitos azules, el pantalón de mezclilla que ahora se sentía más apretado por el semen que todavía escurría lento desde su ano y su concha, empapando la tanga roja que se había puesto de nuevo.

Salió del depa en silencio, cerró la puerta con cuidado. Caminó por las calles de la Condesa, el sol poniéndose, el aire fresco de enero rozándole la cara. Cada paso le hacía sentir el semen tibio moviéndose dentro del calzón, un recordatorio húmedo y sucio de lo que acababa de pasar. Le

dolía un poquito al sentarse en el metrobús, pero sonreía sola, mordiéndose el labio.

Llegó a casa ya oscureciendo. Su mamá estaba en la cocina, oliendo a café de olla y tortillas recién hechas.

"¿Cómo te fue, mija?", le preguntó con esa mirada de madre que todo lo sabe pero finge no saber.

Karla se apoyó en el marco de la puerta, el cuerpo todavía vibrando, la mente llena de imágenes: él encima, dentro, llenándola por todos lados. Sintió un último chorrito caliente escurrir entre sus piernas y se apretó los muslos.

"Muy bien, mami…", respondió con voz suave, soñadora, los ojos brillando. "Muy bien".

Y se fue a su cuarto, cerrando la puerta, para revivir cada segundo en la oscuridad, sabiendo que esa noche había cambiado todo. Que por fin había vivido el romance tórrido, alocado y lleno de sexo que siempre soñó.